

XAVI PUIG

A man in a dark suit and white shirt is shown from the chest up. His face is completely obscured by a large, irregularly shaped piece of red paper that has been torn at the edges, revealing the underlying skin and hair. The background is a plain, light-colored wall.

La mejor  
persona

XAVI PUIG  
LA MEJOR PERSONA

© Xavi Puig, 2023

Corrección de estilo a cargo de Rosa Iglesias Madrigal

© Editorial Planeta, S. A., 2023  
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: septiembre de 2023  
ISBN: 978-84-9998-984-6  
Depósito legal: B. 12.848-2023  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas S.A.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

RE:

Natalya:

Me preguntas cómo estoy y sé que podría salir del paso diciéndote que bien, pero sería mentira. Me niego a despacharte con fórmulas vagas o protocolarias, a cambiar de tema y seguir como si nada. Yo también busco «una persona buena», pero no para una relación frívola y superficial. No estoy acostumbrado a despertar el interés de otros y quiero aferrarme a esa oportunidad que tú me brindas para corresponderte con algo limpio y auténtico. Sé que suena cursi, pero tengo esa ambición, la ambición de una amistad «dulce y tierna», pero también profunda, y ojalá estés por la labor. He decidido mostrarte, pues, mis cartas, así que tomo tu pregunta como una excusa para abrirme a ti como no me he abierto aún a nadie.

¿Cómo estoy? Deja que me ayude con una analogía: me encuentro orinando de pie en el retrete de un bar; de repente, se apaga la luz y me quedo a ciegas en un cubículoapestoso,

pisando un charco y con los pantalones por los tobillos. Palpo la pared con una mano mientras agito la otra esperando que se active el sensor de movimiento, pero nada. Empiezo a sospechar que ese sensor no existe o, al menos, no funciona. Por algún motivo, quizá por los nervios, no encuentro el pomo de la puerta. Me subo los pantalones, dando ridículos saltos, y empujo la puerta con la espalda, pero nada se mueve. Pasan los minutos y mis ojos siguen sin acostumbrarse a la oscuridad. Me asalta entonces una convicción absurda: se ha ido la luz en todas partes. Se ha ido la luz en el mundo. Tengo la sensación de que no existe nada fuera de ese metro cuadrado en el que me he quedado atrapado y que es y será para siempre mi ataúd. Ya no recuerdo cuándo se apagó la luz en mi vida, si es que hubo luz alguna vez. Hace quince años entré a trabajar de grabador de datos en Jenkins & Co. y en sus oficinas sigo aún encerrado como el primer día. Me siento solo y ninguneado, todo me pesa y no puedo moverme para escapar, pues me paraliza una ceguera emocional que ya es parte de mi personalidad. No conecto con nadie y hago el ridículo una y otra vez en mis tentativas de interactuar con otros.

El mes pasado, mi jefa organizó una actividad de *team building* que consistía en una visita a un campo de *paintball*. El principal germen del mal ambiente laboral es, creo yo, la competitividad, porque lleva al individualismo, al recelo, al miedo a ser aplastado. Y para que haya buen rollo proponen que nos acribillemos unos a otros con bolas de pintura. De verdad que no lo entiendo, me parece abominable, pero no pude negarme a ir porque lo último que necesito es aislarme aún más. Así que fui y, una vez allí, en pleno combate, no sé qué me pasó por la cabeza que me puse a disparar a los miembros de mi propio equipo como si me hubiera vuelto loco.

Gritaba con rabia, como poseído. Vacíé el cargador en sus máscaras protectoras, apuntando a aquellos ojos como platos escondidos tras una fina lámina de plástico, ojos de conejo aturrido en mitad de una autopista. Me sentí como se sentiría Jackson Pollock (es un pintor) frente a una tela en blanco. Fui expulsado de la partida y me quedé sentado bajo un pino comiéndome un bocadillo de mortadela. ¿Por qué lo hice? Una forma de rebeldía, supongo. Y una muestra más de lo que te digo: no sé socializar.

El lunes siguiente me citó mi jefa en su despacho y me preguntó si estaba yendo a terapia, sugiriendo que debería ir. Con su bolígrafo de la empresa, apuntó un número de teléfono en un papel que lucía también el membrete de la compañía. La sugerencia era una orden, así que llevo varias semanas yendo a esa psicóloga.

Debo admitir que la doctora Toro parece una buena profesional porque no me pasa una. Es insistente, me hace trabajar la cabeza. Lo primero que me pidió fue que le hablara de mi infancia y de mis padres, cosa que yo pensaba que solo ocurría en las películas, que era un tópico. Pero no lo es. Y no negaré que mi infancia es un filón: empiezas a excavar en esa veta y no acabas nunca, aunque es cierto que encuentras de todo menos oro; mierda, la que quieras. Reconozco que se me da bien crear suspense, porque le dije: «Debería empezar contando cómo mi madre envenenó a mi padre». Ella se tensó al instante, como un hinchado a punto de gritar un gol. Igual ha sido también tu reacción (no sé si sigues leyendo, discúlpame si me estoy alargando demasiado). El enunciado es un poco tramposo, no es que mi madre fuera una asesina. Se casó con una persona que en la convivencia diaria mostró su faceta iracunda, camuflada de manera conveniente durante el noviazgo. La mayor parte del tiempo era un individuo in-

tratable, aunque en algunas ocasiones, movido por la culpabilidad, intentara compensarlo con regalos o invitaciones al cine. Imagino que por una cuestión de supervivencia, y porque a la pobre no se le ocurrió nada mejor que hacer, mi madre empezó a disolver pastillas en el café que le preparaba por las mañanas: calmantes que le facilitaba la farmacéutica del barrio, de quien siempre sospeché, aunque sin ninguna prueba (mi madre se quejaba constantemente de mi padre a quien tuviera a bien escucharla). Lo de las pastillas en el café lo supe años antes de que ocurriera el accidente y, a pesar de que mi padre murió sin enterarse, mi mayor miedo hasta entonces era que sorprendiera a mi madre con los calmantes en la mano y se liara una buena. Los escondía dentro de un bote de orégano, al fondo de un armario de la cocina. Yo sí la sorprendí con las manos en la masa. Tenía apenas doce años. Siempre he tenido fama de ser sigiloso. Muchas veces asustaba, sin pretenderlo, a mi hermana o a mi madre porque no me veían llegar y, como solía andar descalzo por la casa, tampoco oían mis pasos. «Eres como un gato», me decían. Ese día me había levantado de la cama a una hora inusual, alrededor de las seis de la mañana, y me planté en la cocina medio dormido. Ella se encontraba de espaldas a la puerta, en plena operación, confiada porque mi padre se estaba duchando. La observé callado y vi claramente cómo sacaba una pastilla de un bote del armario de las especias y la dejaba caer en la taza de café, la que siempre usaba mi padre, una con un escudo gastado del Real Madrid. Yo no sabía entonces que eran calmantes, pero comprendí que aquello no estaba bien, así que me fui antes de que me viera. Nunca le confesé que la había visto, y eso que siempre me intrigó aquel comportamiento. En más de una ocasión fantaseé con añadir una de aquellas pastillas a mi taza del ColaCao para ver qué me pasaba, si me

crecía pelo en el pecho o barba como a mi padre. Guardé el secreto para protegerla, pues yo siempre estuve de su parte. Tenía muy claro quién era la víctima y quién el agresor en aquella casa, por mucho que yo respetara a mi padre. Al decir esto, la psicóloga me hizo algunas preguntas y la conversación (o, mejor dicho, el monólogo) se desvió un poco para acabar con la reflexión de que a lo largo de mi vida he sentido siempre una atracción malsana por la gente peligrosa. Cuanto más miedo me dan las personas, más las idolatro, y eso es algo que me afeaban tanto mi madre como mi hermana cuando tenía problemas en el colegio, que era casi siempre. Aunque la postura de la doctora es en teoría neutral, me quedó claro que ella culpa de esa tendencia a mi padre. Y ahí terminó la primera sesión.

Siento haberte apabullado con ese sartenazo de intimidades. Soy consciente de que lo normal es irse conociendo poco a poco, pero la comunicación por correo siempre es brusca, creo yo. Admito, además, que tengo cierta urgencia por mostrarme y por que tú también te muestres. Me siento solo, pero lucharé por contener mi hambre de amistad, pues sé que, de tanto quererla, me arriesgo a perderla.

RE: RE:

Natalya:

Lamento mucho esos problemas de dinero que tienes. Sé que Rusia es un país pobre, pero necesito valorar bien mi situación económica antes de nada. Para ayudar a los demás, uno tiene que ayudarse primero a sí mismo, como dicen en las instrucciones de los vuelos: en caso de accidente, lo prioritario es ponerse la mascarilla antes de socorrer al de al lado, incluso si es un niño indefenso. Esto no es ni un no ni una excusa, solo te pido tiempo para pensar porque mi situación en el trabajo no es la mejor y, por tanto, mi futuro es incierto.

Te contaba en el correo anterior que soy una persona sigilosa como un gato. Esto me ha permitido enterarme de algo que al principio me dio un poco igual, pero que en los últimos días ha empezado a preocuparme: en la oficina se me conoce como el Volao. Lo supe el martes porque oí a tres de mis compañeros hablar de mí en un pasillo. Estaban recordando la actividad de *paintball* y el momento en el que el

Volao se puso a disparar a su propio equipo. Luego hicieron algunos chistes sobre mí que decidí ignorar. Yo estaba buscando unos documentos en un pequeño almacén que da a ese pasillo. Permanecí allí dentro agazapado hasta que se fueron. No me parece raro lo del apodo; casi todo el mundo tiene uno, incluso varios, y me podría haber tocado uno peor. Pero me inquieta que aquel arrebato que sufrí en la actividad de *team building* haya marcado un antes y un después y que ahora tenga mala fama en la oficina. Por suerte, mi trabajo es individual y lo que se me exige es rapidez en el teclado, que es mi punto fuerte. No tengo que trabajar en equipo, podría decirse que soy una mera extensión del ordenador. Sin embargo, el hecho de que todos crean que estoy loco y que cualquier día de estos, con una excusa peregrina, podría levantarme de mi silla y agredir a los demás o hacerme daño a mí mismo, pone en jaque mi continuidad en la empresa. No tengo manera de explicar por qué hice lo que hice pese a que disparé siendo muy consciente de que no causaría daño a nadie. Sería incapaz de matar a una mosca. No me considero una persona violenta. Hablando del asunto con la doctora Toro, volvimos de nuevo a mi padre. Él era violento (irascible, mejor dicho), pero estoy seguro de que tampoco respondía al perfil de un loco capaz de matar. De hecho, qué demonios, la que mató (indirecta e involuntariamente, pero lo hizo) fue mi madre, la que en teoría era la víctima, una persona sacrificada y nada colérica. Una mártir. Yo me veo cosas de los dos: cierto apocamiento materno, mentalidad calculadora y sí, algún que otro arrebato propio de mi padre; pero son episodios puntuales que no representan una amenaza para la integridad de las personas de mi entorno. La psicóloga me pidió que elaborara una lista de arrebatos, dejando a un lado el del *paintball*:

1. Exigí a un taxista que parara en el arcén y me bajé del coche por la sospecha de que me estaba timando con el taxímetro, lo que me obligó a recorrer casi cinco kilómetros a pie, de madrugada y bajo la lluvia. El hombre no entendió nada porque no quise confrontar con él mi sospecha para evitar una discusión con un desconocido.
2. A veces, mientras hago la compra en el supermercado, me da la sensación de que me están vigilando porque creen que pretendo robar, ya sea porque me he metido la mano en el bolsillo de forma rara o porque no voy directo a coger lo que necesito, sino que deambulo (es cierto que muchas veces lo hago, pero porque me gusta recorrer con la mirada las estanterías por si veo algo que necesito y que no tenía previsto comprar). Cuando eso pasa, cuando siento que me han «señalado», dejo el carro tirado y me voy a toda prisa de allí con las manos vacías, cosa que aún levanta más sospechas. A veces finjo que me llaman por teléfono y que me comunican algo urgente que me obliga a salir pitando y a dejar a medias lo que estaba haciendo. Puede pasar una semana o más hasta que regreso al mismo súper; por eso a veces tengo que coger un autobús para hacer la compra en otro barrio.
3. En una ocasión se sentó una madre con su hijo frente a mí en el metro. El niño llevaba una máscara de Spiderman y, como me miraba, empecé a hacerle ese gesto con las manos que hace el hombre araña cuando dispara la red de la que se cuelga en las paredes. Yo mismo me di cuenta (demasiado tarde) de que ese gesto, que en mi cabeza tenía sentido, podía parecer obsceno. Me levanté enseguida y me fui a la otra punta del vagón

para bajarme en la siguiente parada. Estaba tan avergonzado que ni siquiera cambié de vagón; salí a la calle y tomé el autobús, que me deja bastante más lejos de casa.

4. En la terraza de un bar, me fijé en unas chicas muy monas que estaban en la mesa de al lado. Me dio vergüenza estar allí solo, pensé que me verían como a alguien patético, así que fingí que llamaba a mi *broker* y que ordenaba la compra de acciones de Jenkins & Co., que es la empresa en la que trabajo, para darme importancia. Usé varios anglicismos (*flow*, *marketplace* o *strike*) que ni siquiera sabía si eran correctos.
5. Me abrí una cuenta falsa en una red social y le mandé una foto de mi pene a una compañera de trabajo con la que no he hablado nunca; de hecho, ni me mira a la cara. A la foto adjunté el texto: «Otro día me saludas».

Acepto que soy un individuo peculiar, con problemas de socialización, y para muestra esos botones. Mi psicóloga ve en todos ellos el miedo como denominador común (miedo a no ser aceptado), pero conviene conmigo en que no son reacciones violentas (sin embargo, sí señaló que la fotografía íntima constituía una agresión o una forma de acoso, aunque fuera virtual). Son cosas que quizá justificarían el apodo del Volao, no lo niego; pero, aun así, me declaro cien por cien inofensivo. ¿Cómo podría transmitir a los demás que soy incapaz de hacer daño? No sabría por dónde empezar. Sacar el tema ya pone el foco en la sospecha. *Excusatio non petita...*

La doctora habló de la ansiedad anticipatoria y me pidió que no me quedara atrapado en ese pensamiento (me refiero a la idea de que me consideran peligroso, una bomba de relojería). Dice que una buena conducta mantenida en el tiempo

acabará haciendo olvidar la experiencia del *paintball*. En resumen, que el tiempo todo lo cura. «El tiempo todo... locura», le repliqué, no sé por qué. Supongo que por miedo a que tengan razón y esté loco. ¿Pero ese miedo no es acaso una prueba de que no lo estoy? Soy una persona articulada y racional. Quizá pecco de exceso de autoanálisis, pero no me veo a mí mismo como el tonto del pueblo que le grita a los pájaros. ¡Un tonto del pueblo no habría sacado esas notas en Filosofía! La psicóloga me ha dicho que no soy el tonto del pueblo, que no me preocupe por eso. Que lo que me pasa es normal, y más teniendo en cuenta de dónde vengo. Pero no sé si fiarme de lo que ella considera normal, habida cuenta del perfil de pacientes que debe atender en su consulta.

¿Tú qué opinas? Es pronto aún para preguntar eso, ya lo sé. Solo espero que mi política de «total transparencia» no te asuste. Soy consciente de que me estoy jugando el todo por el todo.